

# La inflación del lenguaje y la disociación del sentido en la filosofía contemporánea <sup>1</sup>

Gilbert Hottois

La inflación contemporánea del lenguaje es, como escribe J. Ellul, «una expresión mecánica de la reacción compensatoria del sistema técnico»<sup>2</sup>.

La invasión del lenguaje desborda con mucho el ámbito de la filosofía. Ha crecido en los últimos decenios de forma espectacular el número de disciplinas que se ocupan del lenguaje, de modo que no es excesivo hablar de una verdadera inflación lingüística o semiológica. La filosofía, no obstante, ocupa un lugar de privilegio en este concierto universal de los signos. Es el carácter más específico de la filosofía en el siglo XX. El «giro lingüístico» en la primera mitad del siglo, primero en el mundo anglosajón, más tarde en el continente..., la hermeneútica, el estructuralismo, la filosofía como «práctica textual, escritura, literatura, estilo...», son algunas de sus manifestaciones más salientes.

En el *Diccionario enciclopédico del lenguaje*, Todorov tiende a hacer de lo que él llama la «secundariedad» la esencia del lenguaje humano: «El lenguaje verbal es el único que comporta ciertas propiedades específicas: a) se lo puede utilizar para hablar de las palabras mismas que lo constituyen, b) se pueden producir frases sin denotación y sin representación; por ej., mentiras, paráfrasis..., c) se pueden utilizar las palabras en un sentido no previamente conocido por la comunidad lingüística, vgr. en las metáforas originales... Si se llama *secundariedad* en el lenguaje hablado lo que le permite asumir todas esas funciones, se dirá que la secundariedad es un rasgo constitutivo del mismo».

---

<sup>1</sup> Esta problemática ha sido desarrollada en tres libros: *L'inflation du langage dans la philosophie contemporaine* (Préface par J. Ladrière), Éd. de l'université de Bruxelles, 1979; *Pour une métaphilosophie du langage*. Paris, Vrin, 1981 y *Le Signe et la Technique* (Préface par J. Ellul), Paris, Aubier, 1984. El texto presente es el de una conferencia pronunciada en la Société Philosophique du Québec (octubre 1985).

<sup>2</sup> *Le Système technicien*, París, Calmann-Lévy, p. 128;

Este rasgo pone en evidencia la posibilidad propia del lenguaje de proliferar independientemente de toda referencia a lo real extralingüístico. Es la capacidad *metalingüística* de construir lenguajes sobre lenguajes objetivados en un edificio vertical teóricamente ilimitado, y la capacidad *adlingüística* de proliferar lateralmente, en glosas, paráfrasis hermeneúticas o dialógicas...: Discursos que sacian y saturan interiormente al lenguaje, sin otro objeto que prolongar el juego de poder perpetuarse el lenguaje en la indiferencia absoluta para la denotación y la descripción de lo que está fuera del lenguaje. Este triunfo del lenguaje es, al mismo tiempo, la expresión de una crisis profunda de la ontología, es decir, de la capacidad del hombre de ser-en-el-mundo-por-el-lenguaje, de habitar todavía lo real por la vía de la simbolización que da sentido, metamorfoseando el espacio en un mundo y el tiempo en una historia.

La lingüística contemporánea y la filosofía del lenguaje distinguen dos polos en el lenguaje, dos maneras, para el signo de ser signo y que sólo artificialmente se las puede separar: son *la referencia* y *la significación*: son a la vez tentaciones-límites e ingredientes esenciales del discurso.

1. Como tentación-límite, *la referencia* alimenta el mito de un lenguaje puramente extensional, cuyos enunciados serían representaciones verdaderas o falsas de los hechos. Un tal lenguaje se apoyaría en un léxico referido biunívocamente a los elementos de lo real: un solo nombre por cosa y una sola cosa por nombre. Tal es el ideal utópico de un lenguaje exclusivamente referencial y funcional. Ideal lógico, o más bien tecnológico, en el sentido de que un tal lenguaje daría al hombre un dominio simbólico sin cortes o grietas, acerca de lo real. Pero esto comporta una negación del lenguaje, cuando menos el olvido de lo que Merleau-Ponty ha llamado la «carne» del lenguaje... En definitiva, el sueño del lenguaje puramente referencial es el sueño de una toma de distancia frente al mundo que no fuera, sin embargo, al mismo tiempo, una situación en perspectiva... Una cosa o una realidad única no sería así nombrable o describable de forma múltiple, ni habría lugar para la hermeneútica, ni para la discusión o el diálogo, ni para cualquier otra proliferación del lenguaje a partir del lenguaje.

2. *La significación* es otro polo del discurso. Es muy difícil de definir, y aun imposible por principio. La referencia se prestaba a la definición, al nombre, como polo de la estabilidad y la fijeza. En la significación no hay más que evocaciones metafóricas, oblicuas: es la orientación de la mirada, la perspectiva, el sentido, más que lo representado directamente. Es la fatal y fecunda impureza del vidrio que hace que una captación de lo real no sea nunca neutra, objetiva. — Pero, lo mismo que hay una mitología de la referencia pura, se da también la tentación de la significación por la significación: las formas y colores como puro juego caleidoscópico, es decir, desprovisto de toda transparencia referencial. Esta vertiente del lenguaje es, por otra parte, lo propicio del lenguaje humano, lo que le da su flexibilidad y su libertad frente a la servidumbre de la pura referencia.

El buen uso del lenguaje humano *mezcla de forma equilibrada la significación y la referencia*. El pensamiento contemporáneo ha frecuentado más bien un uso extremo: o por el lado de la referencia, en la lógica y en la ciencia; o por el lado de la significación, en las filosofías hermeneúticas retóricas, dialógicas, etc. La filosofía clásica, huyendo de los extremos, desarrollaba un discurso armónico acerca de *el Sentido y el Ser*: el sentido del ser. Durante milenios la Humanidad ha coincidido con su naturaleza simbólica, produciendo el sentido y el ser tan espontáneamente como la naturaleza engendra la vida. El hombre se mueve en el sentido del ser como el pez en el agua: la historia y la cultura son el medio simbólico en que su esencia respira. Pero al hacerse central en filosofía la pregunta por el hombre, simultáneamente —y no por azar— con el desarrollo de la ciencia moderna, la filosofía se ha hecho fenomenología y hermeneútica. Al hacerse hermeneútica, la ontología fenomenológica queda bloqueada sobre sí misma y sus propios juegos de significación: *en lugar de interpretar lo real, repite que nosotros estamos abocados a la interpretación de lo real*. Como consecuencia, sólo hay lenguaje, siempre y en todas partes. Con esta inflación del lenguaje en la filosofía contemporánea la significación todo lo ha invadido y la referencia, en cambio, ha desaparecido.

Si intentamos ahora dar una explicación de este proceso de inflación, yo arriesgaría una hipótesis explicativa: si el hombre está hoy impedido en el despliegue de su esencia como animal simbólico, el impedimento —tal es mi hipótesis— es la técnica, el reino de lo operatorio. En la ciencia moderna, a diferencia de la episteme tradicional, hay una intrusión central de lo operatorio —cálculo y técnica—, que ha estado en el origen de una radical mutación del proyecto científico. La ciencia moderna se ha impuesto progresivamente contra el saber teórico y discursivo por medio de *la matematización y la experimentación* (identificada con la mediación técnica de la relación del hombre con lo real) que son *dos formas de lo operatorio*. La ciencia no es del orden del símbolo. El modo simbólico de ser en el mundo deja ser el mundo tal como es: el símbolo no rompe el paisaje, ni consume el bosque, ni manipula al viviente: da sentido, organiza, finaliza.

La tecnofobia filosófica se enraíza en esta diferencia del signo y de la técnica que la filosofía contemporánea hace todo lo posible por ignorar. La tecnofobia filosófica niega la alteridad del signo y de la técnica, es decir, niega la especificidad de la técnica, ignora el universo técnico. Ahora bien, no afrontar este universo técnico equivale a dar la espalda simplemente a la realidad en la cual nos es preciso —filósofos o no— vivir hoy día. El envés de este rechazo de la realidad es la inflación del lenguaje. En efecto, si lo real es hoy día la técnica, y si no se quiere saber nada de ella, no queda más que el lenguaje, un lenguaje desprovisto de raíces referenciales, girando en el vacío.

La filosofía pertenece a un mundo y a una época en la cual la cultura, el orden simbólico, englobaba a la técnica. Esta era sólo un conjunto de instrumentos o de útiles al servicio del hombre, que prolongaba, por así decirlo,

sus órganos naturales. Es una ilusión pensar la técnica contemporánea como prolongación de esta época. Hoy la técnica ha venido a ser medio universal, capaz de manipular al hombre en todas sus dimensiones: la técnica engloba a la naturaleza en vez de verse inscrita en ella. La técnica engloba además a la cultura: una especie de inversión total a punto de realizarse ante nuestros ojos con el nombre de informatización de la sociedad. ¿De qué se trata en efecto si no es de una progresiva traducción-inscripción en la memoria de ordenadores interconectados de todo el conjunto del orden simbólico-cultural?. «La verdadera agresión, escribe J. Ellul, se sitúa justamente en la tecnificación del lenguaje: porque en este momento *todo* está encerrado en el medio técnico: cuando la palabra es esclava, todo es esclavitud<sup>3</sup>».

En lo que se llama muchas veces su «testamento filosófico» aparecido el día siguiente de su muerte, Heidegger plantea la cuestión: «Qué es lo que ocupa hoy el lugar de la ontología?», y responde: «La cibernética». Se concede así a la técnica una importancia máxima (un peso metafísico) y deja de verse en ella un conjunto benéfico de instrumentos a disposición del hombre.

Para concluir quisiera prevenir un eventual malentendido. El análisis que he esbozado no debe ser tomado como un discurso anti-tecnicista. No quiere ser más que una invitación a los filósofos a ocuparse del medio en el que viven, piensan y mueren. Una invitación a interrumpir el análisis del lenguaje desde el interior del lenguaje, una invitación a interrumpir la comedia irrisoria de un dominio meramente simbólico, cosa por otra parte fácil de reconocer, pues es claro que con ello no se domina nada.

¿Qué puede hacer todavía Sócrates en el ámbito de lo técnico?

Título original: *L'inflation du langage et la dissociation du sens dans la philosophie contemporaine.*

Publicado en: *Laval théologique et philosophique*, 42, 1, (febrero 1986), 61-69, C. P. 2447, Quebec, G1K 7R4, Canadá.

Resumió: Isidro MUÑOZ TRIGUERO.

---

<sup>3</sup> ELLUL, J., o.c., pp. 60-61.